

De cine e historia: notas en torno a *El regreso de Martín Guerre*

Julia Tuñón

El Regreso de Martin Guerre (Le retour de Martin Guerre). Francia 1982. Dirección: Daniel Vigne. Actores: Gérard Depardieu, Stéphane Peau, Pierre Donnadieu.

El Regreso de Martin Guerre narra una historia real, veracidad que podría no importar demasiado de no ser porque, a través de ella, se nos presenta en imágenes una verdadera lección de historia. La película muestra, a través de cada uno de los detalles magistralmente cuidados, una formación social, una forma de vida, de pensamiento, de sensibilidad. La explicitación visual de que los conflictos humanos nunca son abstractos, sino siempre ubicados en un contexto particular. Por otra parte, resulta de interés constatar que el conocimiento histórico puede ser difundido de múltiples formas y que los libros no son necesariamente el único medio de transmisión cultural.

Ahora bien, fueron los libros los que permitieron a Vigne rescatar la historia, los que fueron base del guión del film. Leonardo Sciascia en *La Sentenza Memorabile* recrea la historia de Martín Guerre y Arnaud de Thil. Para ello se basa en una reflexión que, sobre el particular, escribió Miguel de Montaigne y en la crónica del suceso, publicada en Lyon en 1561 por el juez Jean de Coras, responsable del caso. Sciascia menciona también el estudio publicado por Natalie Zemon Davies y que fue la base del guión fílmico. (Leonardo Sciascia, *La Sentenza Memorabile*, Palermo, Sellerio Editore, 1982. Hay traducción española realizada por Vittoria

Martinetto, en "La Cultura en México", suplemento de *Siempre*, núm. 1567, 6 de julio de 1983, pp. 63-66).

La historia se desarrolla en un lapso de trece años, a partir de los conflictos que se generan en la familia Guerre de la aldea de Artigat, Francia y que desembocan en la intervención del estado a través de la justicia real. El manejo del tiempo no es lineal: los recuerdos desatados por los interrogatorios notifican al público las causas que alteran la tranquila vida de Artigat y que implican algo más que un pleito de índole jurídica en torno a los derechos de propiedad y al delito de suplantación de personalidad. En realidad está en juego la transición de un estilo de vida a otro, que conlleva el cuestionamiento de la concepción de la propiedad, la familia, la pareja, la sexualidad. Aquí únicamente se pretende destacar algunos elementos de estos aspectos, aunque la historia presente numerosos motivos de reflexión, especialmente en torno al papel del estado, los mecanismos de la justicia, la función de la iglesia, etc.

Especialmente el procedimiento judicial preocupó a Miguel de Montaigne, quien recuerda el hecho de haber encontrado muy dura la sentencia dictada, considerando que se debería haber adoptado una fórmula por la cual la Corte declaraba no entender nada. El caso parece haber inquietado también sobremanera al juez de segunda instancia que debió adoptar el dictamen, Jean de Coras, consejero de Tolosa, quien se ocupó de relatar

minuciosamente el desarrollo de los hechos y que, en 1572, fue colgado por protestante. Para Sciascia, este personaje es el más interesante del caso. En la película, de alguna manera, también el juez Coras adquiere un papel fundamental, ya que es el narrador de la historia. Sin embargo, la película rebasa, incluso, la anécdota para recrear el contexto social, la vida cotidiana y las costumbres.

La historia empieza en el año 1542, en tiempo de Francisco I, con la boda de Martín Guerre y Bertrande de Rols, aldeanos propietarios de Artigat, que se presenta llena de buenos augurios. Los cónyuges reciben las bendiciones y recomendaciones del caso, los padres de Martín la dote de Bertrande y ella un beso del cura y un lugar en la familia Guerre. Martín resulta incapaz de consumar el matrimonio, de lo que se da por enterada toda la aldea. Entonces serán necesarios una serie de exorcismos para vencer la dificultad y lograr que la joven pareja pueda procrear un hijo, al que llaman, como su abuelo paterno, Sanxi. Una serie de situaciones poco explícitas llevan a Martín a robar trigo del padre, que es decir del patrimonio familiar, y ello acentúa la mala relación que Martín mantiene con su padre y obligan al primero (¿por vergüenza? ¿por ira?) a abandonar la aldea. Su deliberada ausencia se prolonga por nueve años, lapso durante el cual mueren sus padres. Según Davies, Bertrande contaba, entonces, con 22 años de edad.

Bertrande se encuentra sola y reza para que Martín vuelva. Un día

dice la santa la escucha: han pasado nueve años cuando un soldado se presenta y afirma ser Martin Guerre que, contradiciendo su nombre, "busca la paz después de la guerra". El hombre abraza a todos, bromea con Cathérine, la criada, y pide a Bertrande las calzas blancas que ella cosió y él rechazó antes de irse. Es reconocido alegremente por todos y se reincorpora a la familia, en el trabajo, con la mujer. Según testimonio de Bertrande el campo fructifica; en ella dicen las vecinas aparecen de nuevo las sonrisas. La pareja convive tres años, tienen dos hijas, una de las cuales muere, cuando, coincidiendo con el hecho de que el recién llegado pide cuentas sobre las ganancias de la tierra durante su ausencia y pretende vender una parte de su patrimonio, algunos miembros de la familia, dirigidos por el tío Pierre Guerre, deciden creer lo que unos huéspedes habían dicho: "Ese no es Martin Guerre. . . es Arnaud de Thil, Pansette. Martin Guerre perdió una pierna en San Quintin".

Se aceleran los conflictos, se acude a la justicia real que precariamente intenta solucionar el conflicto de identidad. En un primer juicio se somete el asunto a votación entre los aldeanos, y la aldea toma uno u otro bando. Incluso el cura toma partido en contra el acusado, que dice no ser apreciado por la frecuencia de sus blasfemias. En una segunda instancia un grupo de aldeanos se traslada a la ciudad, a un juicio en el que, finalmente, la duda se resuelve con la aparición de un nuevo testigo, con pata de palo, que resulta ser el verdadero

Martin Guerre. Arnaud de Thil ha caído en una contradicción al intentar defenderse.

Martin Guerre es reconocido por toda la familia, incluyendo a Bertrande. Arnaud de Thil muere ahorcado en Artigat, frente a la casa de los Guerre, ante las gentes con las que convivió y a las que pide perdón, perdón por el delito cometido y por haber violado el sacro sacramento del matrimonio. Bertrande es perdonada, porque le dice Coras— "las mujeres son fácilmente engañadas por la malicia de los hombres", su pequeña hija es reconocida como legítima y su vida futura deberá girar, como esposa de Martin, al interior de la familia Guerre.

Lo que da al film la calidad de documento histórico no es, en sí, la veracidad del hecho, sino, por un lado, el cuidado de los detalles de la vida cotidiana, que pintan el mundo de Martin y Arnaud. Se puede decir que, salvo el error de hablar de mirobios en el siglo XVI, la factura es impecable. La historia concreta de Martin-Arnaud se convierte en uno de esos hechos que condensan un fenómeno específico de un proceso histórico determinado. En este caso, el problema clave sería la aparición de elementos de una nueva mentalidad, en torno a la concepción de la propiedad de la tierra y su producción.

Por otro lado, la historia de Martin Guerre resulta un lúcido análisis de la forma en que los deseos condicionan los sutiles mecanismos de la memoria y del olvido, las variables conveniencias de recordar o percatarse hoy de lo que ayer se

había olvidado o considerado absurdo. Los comentarios de ayer, al ser necesaria la mano de obra para labrar el campo familiar, eran habladurías de extraños ("No hay que creer lo que dicen extraños, borrachos y sinvergüenzas"), hoy, cuando se reclaman derechos individuales, se convierte en un delito de suplantación; delito grave, que debe de llevarse a los tribunales, propio de gente ". . . que sabe leer y escribir [y que por lo tanto] es capaz de cualquier malicia".

El falso Martin fue bienvenido en la familia; reconocido por todos, incluso por su tío Pierre Guerre, quien pronto había abandonado sus reticencias para abrazar al recién llegado. Valía la pena creerle: era necesaria la fuerza de un hombre joven, su simiente y su deseo de labrar el campo familiar, Martin Guerre venía de la guerra, había "conocido mundo" en sus andanzas y pronto pidió parte de lo que la tierra había producido, expresando el deseo de vender un trozo de terreno que había pertenecido a su padre, poco útil para el cultivo, y así comprar uno en donde pudiera sembrar cebada, probablemente aunque no se explicita para la venta. Hasta donde nos muestra el film, las actividades agropecuarias de los Guerre eran diversificadas y poco especializadas, y la intención del falso Martin parecía contradecir la tradición, violar el honor familiar de apego a la tierra. Para Pierre Guerre ello no era aceptable porque, además, cuestionaba su papel de jefe familiar: valía ya la pena darse por enterado de la suplantación, recordar detalles, oír a los extraños, sonsacar al zapa-

tero que conservaba la medida de los pies del verdadero Martin Guerre, notoriamente mayores.

Se nos muestra por lo tanto, en una sociedad en transición, el sentido de una familia donde trabajo y hogar son parte de la misma producción social, donde no se ha disociado el ámbito público del privado: una comunidad doméstica regida por normas y expectativas harto diferentes de la familia que hoy conocemos. La casa de la familia Guerre alberga a todos sus miembros, incluso a la criada Cathérine, que participa de todas las actividades y de todos los afectos. La convivencia se da a toda hora del día y de la noche, a expensas de la privacidad individual, que no se considera ni un valor ni una necesidad.

En esta forma de familia las parejas se formaban abiertamente con fines económicos, ya que la suma de bienes y de trabajo aseguraba la común subsistencia. La madre de Bertrande se casa, en segundas nupcias, con Pierre Guerre, para mantener unidos los bienes que amenazaba separar la huida de Martin. El matrimonio Martin —Bertrande había hecho que la familia recibiera una dote importante (un bosque, bastantes "fanegadas" de trigo y mijo, tres vestidos rojos, una cama con dos cojines y un cofre con llave). Eso daba a Bertrande un lugar en la familia, además del que le procuraba su trabajo cotidiano. Sólo frente al conflicto abierto, una vez que ha tomado partido, corre el riesgo de ser excluida de la seguridad familiar.

La familia atendía la educación de los niños, en este caso de Sanxi

(hijo de Martin y Bertrande), y eso reprocha Pierre Guerre al falso Martin cuando éste solicita sus bienes personales. La familia protegía a las mujeres solas, como Bertrande, lo cual también el tío reprocha al sobrino.

Es en esta familia amplia, especie de sociedad para la producción, que el falso Martin incorpora algo más: un nuevo sentido de la pareja, es decir aquella que es primeramente solidaria entre sí, que basa su relación en el afecto mutuo, en el respeto, elementos que confiesa apreciar Bertrande de su vida en común con el falso Martin. Se trata de una pareja que privilegia su relación respecto a la que se mantiene con el núcleo familiar. En eso tampoco está de acuerdo la tradición: Pierre Guerre amenaza con echar de casa a Bertrande cuando ésta defiende a su marido, y ella, por miedo, cede y a ratos accede. Las dudas la atormentan. Teme ser adúltera, cómplice de una imposición, Bertrande se mueve también entre dos mundos y debe decidir a cual de ellos adherirse. Elige el representado por su supuesto marido y al hacerlo cobra el valor para retirarse de la pisada del vino, cuando Pierre Guerre lo critica enfrente de ella. Pierre no la entiende: su papel —expresa— está primeramente en el trabajo.

Bertrande ha aprendido a dibujar su nombre, el falso Martin le ha enseñado. Ella es, quizá quien padece más dolor y dudas, quien es más susceptible al miedo, al temor de ser echada, al de tener una hija bastarda, a quien, al término del juicio, una mirada sin esperanza de Arnaud despierta sus

propios temores y la obligan a reconocer a su verdadero marido como tal y a pedir clemencia. En este momento la situación femenina se presenta claramente. Bertrande intuye que su función primordial está al interior de la familia y por lo tanto, ella debe adherirse a alguna de las posiciones sustentadas por los hombres. Su pertenencia a la familia Guerre está planteada desde su matrimonio (como esposa) y reafirmada con el de su madre (como hija). Su visa de entrada fue la dote, asegurando su papel después con el trabajo. Bertrande participa en la siega, en la pisada del vino, en la cosecha de frutas, en la limpieza del grano, en la cocina, en el lavado de ropa, en la costura y... cada noche encierra a los animales. Para el trabajo no hay excepción, ni siquiera para los niños. Sin embargo, también se espera de la mujer que sea madre y que participe en la atención a los menores. La noche de su boda es explícita la recomendación de tener descendencia cuanto antes. Bertrande puede, no obstante, dejar de producir hijos por nueve años.

Pese a la participación de la mujer en la producción, y por tanto en la familia, *El regreso de Martin Guerre* muestra una sociedad de evidentes privilegios masculinos, donde tanto hombres como mujeres ríen alegremente por la broma de que "el día que las mujeres manden será el fin del mundo". Bertrande soporta los malos tratos del verdadero Martin y sufre por la dudosa legitimidad de su hija, dada por el hombre al interior del matrimonio, o,

como en este caso, otorgada por el estado al ser muerto Arnaud.

La maternidad es central porque la familia es, además de centro de producción, el lugar donde se reproducen los hombres, la fuente que aporta mano de obra para el trabajo común. Resulta evidente que la sexualidad se dirige a la procreación. El día de su boda, Bertrande asume esto alegremente con la frescura de niña ascendida a casada. (Davies calcula en 14 años la edad de Martin y la de ella en poco menos). Su sexualidad es asunto público, por eso sonríe gozosa, instalada en la cama nupcial, frente a su familia y frente al cura que la bendice, atenta y festiva en la que supuestamente debía ser su iniciación sexual. El fracaso de ésta, por la incompetencia de Martin, no es sólo su problema, sino el de la aldea entera, que se siente con derecho a la burla hacia el joven marido el día de la fiesta de la Candelaria; lo es de su madre, que sugiere a la hija la separación, lo es de los suegros, que someten a la joven pareja a una serie de ritos religioso-profanos buscando una solución lo cual consiguen solo a medias. Martin y Bertrande logran un hijo que tiene pocos meses cuando el joven padre abandona Artigat.

El falso Martin incorpora a Bertrande nuevamente a la sexualidad, con la bendición y la alegría familiar, como corresponde a un

bien común. Bertrande deseaba a un hombre durante la larga ausencia de Martin y, como acepta frente al juez, "el desconocido le gustó en seguida. . . y se amaron". Pero Arnaud y Bertrande defienden de su sexualidad lo que es sólo de ellos, el carácter privado que cuenta con rituales propios, con "detalles íntimos que sólo entre dos se conocen". El juez insiste en que explique éstos durante el juicio, en un intento por esclarecer la verdad. Bertrande ha definido y defendido, con su actitud, la sexualidad como lo privado, manteniendo, en una admirable escena, los secretos que validan el reproche de Arnaud a Martin: "No la mereces, la conozco yo mejor que tú", que validan el reproche de Arnaud al jurado: "¿tiene algo de malo ocuparse de una mujer abandonada?". Sciascia sugiere que Arnaud, muy de acuerdo a su temperamento vital e imaginativo, amó a Bertrande aún antes de conocerla, al saber de una joven y hermosa mujer que esperaba. Arnaud declaró: "Una vez la ví, ya no pude irme". Si como propone Sciascia, es este amor el móvil de Arnaud, y no el deseo de apropiarse de los bienes de Martin, estaríamos, también, frente a una nueva concepción del amor, diferente de la que parecía unir a las parejas de la aldea. Un amor que no excluye la procreación, pero que la rebasa, que parece abarcar bastantes más que una

sociedad para la producción y la reproducción.

Quienes realizaron *El regreso de Martin Guerre* toman partido en el conflicto y logran que el público también lo haga. Frente a la figura simpática y vital de Arnaud contrasta la desangelada de Martin Guerre; frente al hombre que lucha y defiende lo que merece, está la de quien ha recibido un patrimonio sin valorarlo ni trabajarlo.

Arnaud se presenta en el film como portavoz de la nueva mentalidad, la del hombre que aprendió a leer y escribir; que conoció la guerra y que valora la paz; que concibe la tierra para rendir al máximo, la propiedad como algo individual y la pareja como su propia y exclusiva relación. *El regreso de Martin Guerre* sugiere que, aunque finalmente a Arnaud de Thil lo ahorquen, lo que representa habrá de triunfar para un tiempo largo. Pero nos dice igualmente que los procesos históricos los viven hombres particulares, determinando cada uno de sus conflictos cotidianos. Para entender la historia es necesaria la conciencia de los detalles de la vida de cada día. En el caso de esta película el hecho histórico se convierte, mediante la recreación de gestos, costumbres y ambientes, en la transmisión de un conocimiento histórico que resulta más fresco y gozoso de lo que suelen registrar muchos tratados del tema.